18. La verdad es Cristo

Una vez que el centurión salió, Pilato permaneció inmóvil, con la mirada fija en el vacío. Le vino a la mente la pregunta que le había planteado al Nazareno: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18,38). Le parecía que la respuesta que no había esperado había venido a buscarlo cuando menos se lo esperaba, y a través de alguien de quien nunca la habría esperado.
¿Era posible que cada vez que preguntaba algo sobre Jesús, sobre su muerte, la respuesta no fuera el relato de meros hechos, sino… su Persona? Incluso después de haberle preguntado «¿Qué es la verdad?», pensaba que no podía esperar ninguna respuesta de aquel hombre; sin embargo, cuando lo vio regresar desfigurado por la flagelación, vestido como un rey y coronado de espinas, al mirarlo sintió que surgía en su mente un pensamiento que se apresuró a ahuyentar: «¡He aquí la verdad!». A la gente le dijo: «¡He aquí al hombre!», pero en su corazón eso significaba: «He aquí la verdad del hombre, la verdad de este hombre al que todos odiáis, la verdad del rey al que todos teméis, la verdad de quienes lo odian hasta reducirlo a ese estado y la verdad de esa religión que llevaba siglos preparándose para acoger a este Mesías». Y Pilato se dio cuenta, con un nudo en el corazón, al darse cuenta de toda su hipocresía, de que aquel hombre era también su verdad, la verdad de sí mismo, la verdad de su vida, de su carrera, de su poder, de su hipócrita y mezquina dependencia de César.

Pilato intuyó misteriosamente que, si Jesús era su verdad, la verdad de su vida y de todo, entonces era verdaderamente Rey, el Señor del universo. De hecho, ¡qué libre le parecía ese Jesús! Libre y verdadero, el único destello de verdad en medio de toda la mentira que empapaba todo y a todos, que se cernía como una densa oscuridad sobre toda la realidad que cada uno creía manipular en su propio beneficio. Todo era falso, todo era tenebroso. No había nada verdadero ni real en medio de todo aquello salvo la llama de aquel Hombre, de aquel rostro, de aquella mirada, de aquella voz, de aquel silencio. El Nazareno solo expresaba verdad, tanto si hablaba como si callaba, tanto si te miraba fijamente como si bajaba los ojos. Todo en Él era verdad. Ni siquiera la cruel farsa orquestada por sus soldados vencía a la verdad de esta Persona. Precisamente con esa corona de espinas, ese harapo rojo sobre los hombros, esa caña en la mano a modo de cetro, precisamente todo esto revelaba que Él era verdaderamente Rey, el Rey de reyes.

Pilato no había podido soportar toda esa verdad y, por eso, se había apresurado a desecharlo todo: a Jesús, a los judíos, a los sacerdotes, a los escribas, pero también a sí mismo, incluso a su conciencia, en el oscuro mar de la impostura expresada por todos, utilizada por todos, sin otra razón que la de apagar esa única llama de verdad, de sinceridad, esa única llama *de realidad*. También había arrojado a ese abismo de mentira a César, haciéndoles reconocerlo como su rey y fingiendo que él mismo lo servía con lealtad, cuando sabía perfectamente que los judíos nunca lo reconocerían como su rey, y que él mismo no servía a César más que para servirse a sí mismo, y que no adoraba a César más que para adorarse a sí mismo y al poder y la riqueza que pensaba ganarse con esa idolatría.

Había hecho condenar a Jesús a toda prisa, sin reflexionar ni pensarlo más. Estaba harto de atormentarse por aquel Hombre. Lo envió a la muerte para quitárselo de la conciencia, para apagar aquella llamita de verdad que emanaba de aquel Hombre, que lo contagiaba y ardía en él como una fiebre.

Empezó a odiar también al centurión, pero sin llegar a despreciarlo, porque sus palabras, su mirada, sus ojos brillantes mientras hablaba de la muerte del Nazareno lo habían despertado todo, habían reavivado unas brasas que creía haber sofocado por completo.

Pero si el Nazareno lo atormentaba incluso muerto, ¿qué salida le quedaba? Sentía el soplo de aquel último aliento de Jesús como un silbido del viento en el desierto que nadie puede interrumpir, porque no sabes de dónde viene ni adónde va. No quería esa verdad en su vida, de su vida, pero cuanto más huía de ella, más se alejaba de ella, y más sentía que su destino, su rey, su vida se hundían en el abismo del engaño.

Mientras el centurión abrazaba con todo su corazón el misterio de esa Verdad, Pilato, tal vez, eligió el absurdo de rechazarla, huyendo hacia la nada, condenándose a sí mismo a la desolación del hombre que no quiere estar con Jesús, con Jesús que está con nosotros todos los días hasta la eternidad, con Jesús que es, en persona, nuestro Paraíso.

Pero quién sabe si, en lo más profundo de ese infierno, también Pilato y también Judas no se habrán encontrado con la verdad suprema de Cristo: su mirada de misericordia, acompañada de esa palabra, de esa oración, que ha desbaratado el infierno: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!» (Lc 23,34).

Dios no juzga a los pecadores discutiendo con ellos, sino hablándose a sí mismo, entre el Hijo y el Padre, en el soplo del Espíritu, como hacen los padres cuando hablan con amor de los problemas y los errores de sus hijos. Y cuanto más graves son los problemas y los errores, cuanto más perjudican a sus hijos, más hablan los padres de ellos con amor, con el deseo de abrazarlos.